

# LA UNIVERSIDAD Y EL DESARROLLO DE AMERICA LATINA

Edgar Llinás Alvarez

Cuando enfrentamos el problema del desarrollo del mundo latinoamericano nos sentimos un tanto perplejos y confusos. ¿Qué se quiere decir exactamente al usar este término? Por supuesto se nos habla del triple aspecto económico, político y social del desarrollo, y se recurre a las estadísticas para comparar el producto nacional bruto, el crecimiento de la industria, el progreso o el retroceso del sector agrícola, para luego examinar la estabilidad política de nuestros países y el grado de fluidez entre las varias clases sociales. Naturalmente, estas comparaciones muestran a Latinoamérica como un continente rezagado. Nuestro crecimiento demográfico es excesivo, nuestra industria es casi enteramente dependiente, y nuestra agricultura es incapaz de satisfacer las necesidades de la población.

Ante tal panorama, ¿cuál será la función de la universidad? La respuesta no se deja esperar gracias al incansable espíritu de los especialistas en desarrollo internacional. La universidad debe preparar técnicos, individuos capaces de asimilar las conquistas industriales de los países de occidente, mentes pre-dispuestas a la acción inmediata que vean nuestro continente como un gran estómago al que hay que alimentar y cuyos desperdicios hay que botar o reutilizar. Las divagaciones intelectuales, los grandes problemas de la existencia humana, la historia misma de la humanidad, hay que desecharlas como artículos de lujo completamente irrelevantes al producto nacional bruto. La función de la universidad es, según estos profetas, la de expandir lo que Protagoras llamaba la civilización, que estaba compuesta por las artes que Prometeo robó de la diosa Atenas y del dios Hefestos para ayudar a los hombres a dominar el medio ambiente. En este medio social la cultura sería una moribunda sostenida por gotas de lástima.

Obviamente la civilización técnica no puede existir sin la cultura a menos que queramos producir el gran desastre apocalíptico. Puesto que nuestro razonamiento nos ha llevado al absurdo, es preciso que revisemos nuestras definiciones en busca de una solución al problema del desarrollo que tome en cuenta todos los aspectos del ser humano. Pero, ¿cuál podría ser esta definición?

Partamos del principio de que sólo América Latina puede definir sus propias metas. Ahora bien, ¿cuál podrá ser la meta de nuestro desarrollo? ¿La de copiar simplemente lo que nos viene del mundo occidental y convertirnos en meros imitadores? Por supuesto que no. Nuestro sentido de dignidad no lo permite. Además el mundo occidental, a pesar de su desarrollo económico, está dando claras muestras de cansancio, y un espíritu decadente empieza ya a manifestarse en él. Es preciso pues que América Latina tome la antorcha de



la historia, si se me permite usar términos hegelianos, y se lance a la creación de una nueva cultura sobre principios nuevos y originales. Si tomamos el término desarrollo como un imperativo de crear entonces sí podremos dar un orden lógico a nuestro pensamiento, y el aspecto técnico se convertirá aquí, no en el fin mismo, como antes lo era, sino en el medio que nos permitirá llegar a la meta que hemos escogido.

Entendido el desarrollo en estos términos, la universidad, como institución, pasa a desempeñar la función que naturalmente le corresponde, esto es, su función original, la que se le asignó desde su nacimiento en la Edad Media y desde que fue implantada en América en los albores de la Colonia. La función de que habla Ortega y Gasset en su *Misión de la Universidad* donde la entiende como una creadora de conciencia más que de tecnología, como un organismo que enseña a comprender los caminos de la cultura y a moverse en ellos.

Debemos pues ponerlo en términos claros y concisos. América Latina necesita una universidad que sea eminentemente creadora de conciencia, que nos enseñe nuestro deber de dar manos a la obra de crear una nueva cultura, y que nos muestre que la Raza Cósmica de Vasconcelos empieza a manifestarse en el mundo como la promesa de un futuro que ya empieza a ser presente. Y para esto de nada nos serviría una universidad técnica que no sería más que una especie de circo donde los hombres y las bestias se entrenarían para matarse sin saber por qué ni para qué.

Y ¿por qué debemos echar mano ahora del concepto hegeliano del turno de los pueblos en la tarea de la creación cultural e insistir que se le ha llegado tal turno a América Latina? Pues bien, debemos hacerlo porque el mundo occidental está dando muestras evidentes de decadencia, porque su filosofía, su arte, su religión y su moral se desmoronan en un tumulto caótico de orgullo y angustia, sin que se pueda ver el remedio a tal desastre; porque, como lo dice el pensador colombiano Luis López de Mesa, las bases de la tradición hebreo-cristiana que nos decía que el hombre era hijo de Dios y que de allí venía su dignidad, se desmoronan ante el escepticismo contemporáneo. Y, fi-





nalmente, nos ha llegado el turno porque nosotros los latinoamericanos tenemos fe en nosotros mismos y voluntad de crear.

Nos dirán los pesimistas que no hay por qué tener fe en América Latina, que no producimos ni para comer, que somos un pueblo o una colección de pueblos enteramente dependientes y subordinados. Permítaseme responder ante tales aseveraciones que el éxito intelectual no depende del éxito material. Jamás pueblo alguno sufrió tantas y tan penosas veces el dolor del fracaso como el hebreo, y sin embargo la cultura occidental sería incomprendible sin su contribución. España misma ha vivido siempre al borde de la bancarrota y su contribución empero tiene un valor que nadie se atrevería a poner en duda.

Si nos vamos a entregar a la tarea de crear una nueva cultura debemos empezar por discutir las bases sobre las cuales tal cultura va a establecerse. He ahí pues el primer deber de la universidad latinoamericana: deshacerse de las metas que los miopes le han injertado e iniciar el diálogo que nos lleve al encuentro de los axiomas que precisamos. Un buen principio es el sugerido por López de Mesa quien nos dice que debemos iniciar la tarea buscando una nueva base a la dignidad del hombre la cual ahora se encuentra minada y corrompida. López de Mesa contrapone a la idea de que el hombre es hijo de Dios, que hasta hoy ha sido el principio fundamental de la cultura occidental, un principio nuevo y totalmente evidente: que el hombre es la conciencia del universo, el único ser vivo que se sabe a sí mismo conocedor del cosmos y que se atreve a interpretar su propio destino y el del mundo. El carácter pensante del hombre que Descartes y Pascal enfatizaron tan bellamente podemos tomarlo como la base sobre la cual apuntalamos la dignidad humana.

No permitamos pues que la algarabía de los tecnócratas nos desvíe y demos mano a la obra de la creación cultural a través de ese precioso instrumento que es la universidad y con ella lleguemos a crear una conciencia de nuestra dignidad como seres pensantes ante una circunstancia única: nuestra América.